

Talento y esfuerzo: la mejor estrategia de futuro



Álvaro Pelayo

Woody Allen ha comentado en alguna ocasión que el 80% del éxito en la vida se reduce a «aparecer». Ir al trabajo, llevar a los niños al colegio o a una cita médica, pasarte por el despacho de tu jefe, presidir la reunión de la comunidad de vecinos etc. A día de hoy también podemos entender el hacer acto de presencia como algo que se puede hacer de forma virtual.

Pero si bien aparecer es una condición necesaria para lo que venga después, no debe ser lo único. Muchas empresas e instituciones recompensan a sus empleados en base a cómo desarrollan su trabajo. Pienso que hay dos aspectos que deben entrar siempre en esa valoración: primero, hay que premiar a los que hacen un trabajo excelente, y segundo, hay que premiar incluso más a los que realizan un trabajo excepcional. No es lo mismo una persona que tramita expedientes en la administración pública resuelva un elevado número de los mismos cada día de modo satisfactorio, que lo contrario. No es lo mismo que un escritor escriba un artículo rutinario, a que escriba un importante diccionario.

Escribo estas líneas en noviembre de 2025 desde mi despacho en el Edificio 2 del Instituto Tecnológico de Massachusetts MIT donde tuve el privilegio de ser investigador hace ya casi dos décadas (desde aquí aprovecho para agradecer a MIT por el generoso apoyo que me ha brindado en mi carrera investigadora). A MIT he venido ahora invitado como Catedrático Visitante («Visiting Professor», en inglés) durante unas semanas. Para llegar a mi despacho he pasado por delante de los despachos de grandes figuras de la ciencia contemporánea, que desarrollan su trabajo aquí. Hace un rato, en el café, me he cruzado con Peter Shor, gran figura mundial de la computación cuántica. Es impresionante. MIT ha tenido un papel crucial en el desarrollo de la ciencia y tecnología mundial.

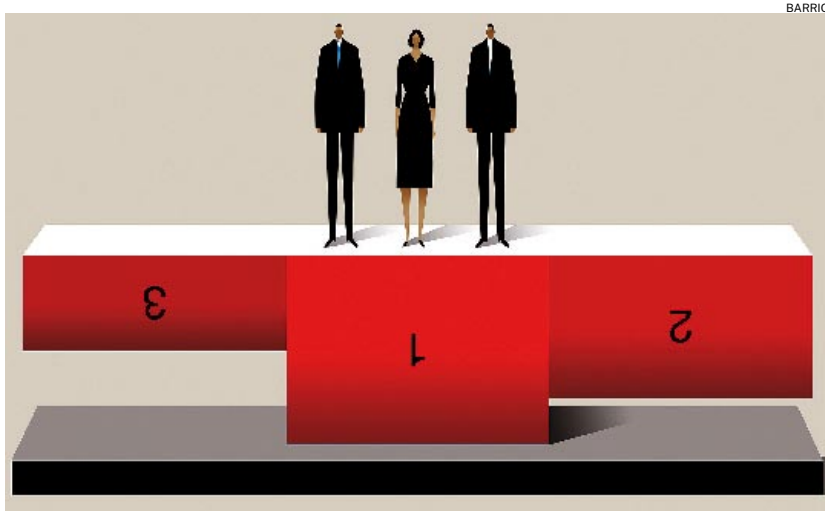
España es un país puntero en muchas áreas del conocimiento, pero en mi opinión falta financiación y hay que intentar ser más

proactivos en atraer y retener a los mejores, para lo que es esencial que se les valoren sus méritos, talento y esfuerzos con generosidad. Sin embargo, predomina, aunque no es exclusiva, la idea de «café para todos»: todo el mundo debe disfrutar de unas condiciones razonablemente buenas. Aunque esto es positivo, tiene otra cara. Al menos en el sector público, puede darse que un ingeniero con unos méritos extraordinarios tenga unas condiciones laborales similares que otros que se esfuerzan lo imprescindible. Es difícil que sus circunstancias mejoren porque no preocupan a la mayoría, no hay debates televisivos sobre su situación. Su situación se percibe como buena. Y en efecto puede serlo, pero ¿es proporcional a lo que merece? Probablemente no, lo cual supone un desincentivo para esta persona, que puede incluso considerar un cambio de trabajo o país.

El modelo universitario español ha tenido, a pesar de todo, un éxito extraordinario y en

mental acordarse de muchos profesionales del sector privado y público que desempeñan sus actividades en circunstancias complicadas por ejemplo en el sector de la seguridad ciudadana, la educación, la sanidad etc. - muchos conocemos de primera mano ejemplos de médicos o profesores que trabajan en ambientes muy difíciles o de conflicto, y su imprescindible labor debe recompensarse con condiciones proporcionales a sus méritos y esfuerzos, teniendo en cuenta los especiales retos que sus profesiones conllevan. A veces no todas las mejoras son a nivel de salario, sino que puede ser proporcionar a ese profesor con una persona de apoyo en una clase o proporcionar el material necesario para desarrollar el trabajo de forma segura y eficiente.

En definitiva, recompensar proporcionalmente la excelencia, los méritos, el talento y el esfuerzo no son solo un deber de la sociedad, sino que sin duda es una decisión inteligente de cara a mejorar sectores estratégicos



nuestras universidades se hace investigación de primer nivel internacional. Pero opino que es imprescindible que se revisen sus estructuras universitarias, mirando a otras instituciones públicas de élite como la Universidad de California, y también a las grandes universidades de Estados Unidos como Harvard o MIT. Debe ser irrenunciable valorar el trabajo de los mejores (no solo del profesor o trabajador «medio»), y de los que más se esfuerzan, y que las grandes decisiones se tomen por consenso responsable de grupos de individuos con una distinguida carrera profesional del máximo nivel nacional e internacional, como se hace en muchas de las mejores universidades del mundo.

Fuera del sistema universitario, que es el que conozco mejor, pienso que es funda-

mental acordarse de muchos profesionales del sector privado y público que desempeñan sus actividades en circunstancias complicadas por ejemplo en el sector de la seguridad ciudadana, la educación, la sanidad etc. - muchos conocemos de primera mano ejemplos de médicos o profesores que trabajan en ambientes muy difíciles o de conflicto, y su imprescindible labor debe recompensarse con condiciones proporcionales a sus méritos y esfuerzos, teniendo en cuenta los especiales retos que sus profesiones conllevan. A veces no todas las mejoras son a nivel de salario, sino que puede ser proporcionar a ese profesor con una persona de apoyo en una clase o proporcionar el material necesario para desarrollar el trabajo de forma segura y eficiente.

Después de escribir este artículo en MIT, decidí guardarlo para una ocasión adecuada, y ahora estoy añadiendo este último párrafo, ya en Madrid, motivado por un debate sobre la financiación de la ciencia al que asistí la semana pasada en la Real Academia de Ciencias de España. Y es que allí escuché al gran economista y gestor Andreu Mas-Colell comentar que en política no piensan que tienes que hacer algo hasta que lo repites veinte veces. Todavía me quedan unas cuantas.

Álvaro Pelayo, de la Real Academia de Ciencias de España. Catedrático y Vicedecano en la Facultad de Ciencias Matemáticas de la UCM

Biblioteca Harley-Davidson

Mesías humanos



Sabino Méndez

Nos acercamos estos días a las fiestas de navidad donde el cristianismo conmemora cada año la venida al mundo del mesías. El concilio de Nicea en el año 324 decidió nombrar a Cristo como divinidad y fijó la fecha, identificándolo como el mesías, es decir, el redentor enviado por Dios para salvar a la humanidad. Sentir el deseo de salvar a la humanidad es anhelo generoso que honra a cualquier humano, pero deberíamos precavernos de aquellos congéneres actuales que se proponen a ellos mismos como salvadores y mesías. Los mesías humanos que ahora nos rodean a patadas se ponen a ejercer esa tarea sin estar titulados, ni por Nicea ni por ninguna universidad. No parecen muy preparados para labor tan titánica, ni haber estudiado largos años para especializarse en esa profesión.

Aquellos de mis semejantes que actualmente me comunican en sus mítines que vienen a salvarme me fatigan un poco. Yo, sinceramente, me conformaría con mucho menos. Conque se comprometieran a trabajar discretamente para solucionar las diferencias que siempre aparecerán entre mis vecinos me sentiría suficientemente satisfecho.

Los mesías humanos actuales se trabajan mucho el aspaviento y la gestualidad externa. Unos afirman que vienen a salvarme del avance de la ultraderecha y otros del avance del comunismo. Pero todos juegan con el miedo y, francamente, no me parece que ir asustando al personal sea una tarea seria para un mesías, por mucho que el miedo se esté convirtiendo en algo muy popular y se compruebe que rinde en votos.

El siglo veintiuno se está convirtiendo en el siglo de la afición al mesianismo. Bien mirado, hasta el recientemente fallecido y laureado Robe Iniesta se fotografiaba en las portadas de sus discos posando crucificado. E incluso Oliver Laxe se viste, se peina y hasta, a veces, habla como Jesucristo. Pero pensemos que un mesías serio jamás instauraría, como en Chile, el voto obligatorio.